

ESPAÑA Y ORIENTE MEDIO

Por JORGE FUENTES

SUMARIO: 1. *Acotación del espacio*. El Islam. El mundo árabe. Maghreb. Machrek. Arabia negra. Oriente Medio. 2. *Delimitación de los conflictos*. El enfrentamiento arabo-israelí. La guerra arabo-irani. Las guerras de religión. Radicales y conservadores. Otras diferencias. 3. *Definición de las Alianzas*. Mundo Árabe. Israel. Irán. 4. *España-Arabia-Israel*. La continuación del statu quo actual. La apertura de relaciones diplomáticas: ventajas e inconvenientes. Las exigencias de la operación.

I. ACOTACIÓN DEL ESPACIO

La delimitación temática de este trabajo se presenta como preámbulo necesario ya que al hablar de Oriente Medio raramente se efectúa un enfoque correcto: unas veces suele pecarse por exceso incluyendo cuestiones que rebasan sus límites y otras por defecto reflejando sólo una parte de la problemática regional.

Por ello, hay conceptos cuya definición resulta aquí necesaria: Mundo islámico, mundo árabe, Maghreb, Machrek suelen utilizarse o bien como sinónimos o bien como realidades imprecisamente semejantes cuando lo cierto es que distan de serlo:

1. El Islam es un concepto primordialmente religioso que abarca realidades políticas tan diversas y distantes como las de Indonesia, Pakistán, Irán, el propio mundo árabe, una serie de estados africanos y algunos del Caribe. Sus 45 miembros se encuentran agrupados en la Conferencia Islámica con sede en Jeddá en la que recientemente —conviene mencionar a título de ejemplo— fue readmitido Egipto después de su expulsión en 1979 a raíz de la firma de los Acuerdos de Camp David.

2. El mundo árabe incluye los 21 estados árabes independientes, más la Organización para la Liberación de Palestina. Todos ellos, con la excepción de Egipto desde 1979, son miembros de la Liga Árabe con sede inicialmente en El Cairo (1945-1979) y posteriormente en Túnez.

3. El Maghreb y el Machrek son dos realidades geográficas —país del sol poniente y del sol naciente respectivamente— que engloban dos de las regiones más características del mundo árabe, aunque no las únicas de que éste se compone. En el Maghreb suelen incluirse Marruecos, Argelia, Túnez y también Mauritania y Libia. El Machrek abarca a Siria, Líbano, Irak, Jordania y la orilla izquierda del Jordán ocupada por Israel desde 1948 y sobre la que el pueblo palestino tiene fuertes pretensiones de establecer su hogar nacional.

Además de Poniente y Levante, el mundo árabe se compone también de los países del valle del Nilo (Egipto y Sudán), los de la península arábiga (Arabia Saudí, los dos Yemen y los Estados del Golfo: Kuwait, Bahrein, Qatar, Omán y EAU) y los restantes africanos árabes (Djibouti y Somalia).

La problemática de Oriente Medio incluye como principales protagonistas a los países del Machrek, a algunos de la península arábiga y a Egipto, aparte, naturalmente, de a Israel. Quedan por lo tanto fuera del objetivo medio-oriental de este trabajo tanto los problemas específicos del Maghreb (su integración subregional, las tensiones derivadas del Sahara Occidental, etc.), como los que afectan a otros países árabes entre sí y con respecto a terceros estados (tensiones entre Libia y Tchad, entre los dos Yemen, entre Somalia y Etiopía, etc.).

Pero como ha quedado señalado el error de enfoque se produce en ocasiones por defecto, ya que suele equipararse el conflicto de Oriente Medio con el existente entre árabes e israelíes. El problema es hoy más amplio, ya que, como a continuación se verá, incluye tensiones intra-árabes y arabo-iraníes.

Este trabajo tratará por lo tanto de identificar los problemas de Oriente Medio acotando los conflictos, estudiando sus causas y consecuencias, sus posibles salidas y definiendo una política adecuada para España que combine a la vez las exigencias de los principios y las imponderables de las realidades.

2. DELIMITACIÓN DE LOS CONFLICTOS

La dificultad del tema tratado se acentúa debido a la pluralidad de los conflictos presentes en el área, cada uno de los cuales exige una toma de posiciones particular que puede entrar en contradicción con los restantes:

A) El más generalizado de estos conflictos es el que enfrenta a los estados árabes con Israel. Aquellos consideran a éste como una construcción artificial, secuela del colonialismo, dejada en la zona como un legado venenoso de las metrópolis encaminado a dividir sus fuerzas.

Israel, a su vez, arguye que el pueblo judío, como el árabe, tiene sus raíces en la zona que le fue atribuida en 1948 y que aun cuando los 19.000 kilómetros cuadrados de su territorio nacional contrasta estrepitosamente con los 14 millones de kilómetros cuadrados que hoy poseen los árabes,

hubieran estado bien dispuestos a conformarse con las fronteras de Naciones Unidas de no haber comprobado a lo largo de cuatro guerras que aquellas eran insuficientes para mantener un mínimo de seguridad.

B) El segundo conflicto comenzó en 1980 enfrentando a Irak con el nacionalismo iraní. Lo que parecía iba a ser una guerra corta que sería vencida por Bagdad se convirtió para el integrismo iraní en un largo enfrentamiento con caracteres de cruzada que se está extendiendo a toda la zona del Golfo implicando a una pluralidad de estados árabes y dificultando el tránsito a los buques que transportan el 16 por 100 del petróleo producido en el mundo.

C) Las guerras de religión parecen consustanciales a la región. Cuna de los tres credos monoteístas —cristiandad, islamismo y judaísmo—, el choque entre ellos constituyó el argumento del pasado y continúa enfrentando hoy a las dos creencias mencionadas en último lugar. Pero aun dentro del Islam las diferencias son profundas entre chiitas y sunitas, sectas divididas por barreras acaso más irreconciliables que las que separan a musulmanes y hebreos.

A su vez los viejos choques entre moros y cristianos han reaparecido hoy a escala intra-árabe enfrentando a los druzos y a los maronitas en el Líbano en un conflicto que, con otras diversas implicaciones, ha llevado a la catástrofe al país más desarrollado de la región.

D) El conflicto entre conservadores y radicales, si fue tenso en el pasado, se ha suavizado hoy después del viraje operado en el Egipto postnasseriano y en la Argelia de Benjedid. Sin embargo, aun cuando Libia permanece actualmente como único estado radical del área, no es a excluir que el integrismo religioso, de un lado, y la influencia soviética, de otro, hagan rebrotar el fenómeno desde los focos irakí y sirio hoy concentrados, respectivamente, en la guerra contra Irán y en el problema global de Oriente Medio.

E) Hay otras muchas diferencias que podrían constituir enfrentamientos futuros, si bien en la actualidad permanecen larvados. Quede aquí tan sólo constancia de la gran heterogeneidad del mundo árabe desde el ángulo territorial (los vastos espacios de Sudán, Argelia, Egipto o Arabia Saudita, frente a los microestados del Golfo), demográfico (las elevadas poblaciones de Marruecos o Egipto junto a las reducidas de Kuwait o Qatar), económico (la riqueza de Arabia Saudita y los restantes petroleros frente a los depauperados Sudán, Somalia o Djibouti) y étnico (la presencia de minorías maronitas, coptas, bereberes y judías en países árabes).

3. DEFINICIÓN DE LAS ALIANZAS

Acotada de esta forma la región desde el ángulo espacial y político, el problema al intentar definir su posición en Oriente Medio para un país como España se presenta de entrada con una reflexión sobre la realidad de los

países directamente involucrados en los conflictos de la región. Estos países o grupos de países —y la política que España ha venido presentando ante ellos— son los siguientes:

A) De un lado están los 21 estados árabes independientes más el pueblo palestino. Con todos ellos España posee relaciones diplomáticas plenas y activas. La vecindad geográfica en las orillas del Mediterráneo ha deparado la existencia de vínculos históricos y culturales que se plasman con el apoyo mutuo a causas comunes, con el intercambio de visitas de estado muy frecuentes y con la existencia de una corriente turística y comercial muy importante. Pero no se debe ignorar que todos aquellos factores han generado en el pasado flujos y reflujos que se han posado en la existencia aun hoy de contenciosos territoriales con un determinado país (Marruecos), en la diversidad de enfoques ideológicos (con Yemen del Sur y con Libia) y también en la evidencia de que el flanco sur ha venido siendo indefectiblemente para España el ángulo de mayor vulnerabilidad desde el punto de vista de la seguridad internacional.

Está igualmente el hecho de que, aun cuando el mundo árabe ha sido y es uno de los pilares esenciales de la política exterior española desde la Segunda Guerra Mundial, viniendo a paliar los vacíos diplomáticos de la época franquista (a lo que España correspondió con un apoyo automático a la causa árabe), estos países no han correspondido con una política comercial consecuente y siguen encaminando sus negocios hacia estados que sistemáticamente combatían sus causas sin que ofrecieran mejores condiciones económicas que España.

Con sus pros y sus contras, el balance en las relaciones hispano-árabes es positivo, pudiendo concluirse que Arabia es, junto con Hispanoamérica, la principal región amiga de España y que esta amistad no es sólo un eufemismo sino una realidad que cualquier profesional español en la región del Mediterráneo Sur puede detectar.

B) Con Israel, por el contrario, España no ha poseído nunca relaciones diplomáticas. En el momento de su nacimiento como estado independiente ello se debió a las reservas de Tel Aviv respecto al régimen franquista. Más tarde, el rencor español y los compromisos contraídos con el mundo árabe perpetuaron la situación.

La carencia de embajadores en Tel Aviv y Madrid no significa que España no haya reconocido la existencia de Israel. Al votar en Naciones Unidas en favor de las resoluciones 242 y 338, España estaba apoyando no sólo el derecho del pueblo palestino a poseer un hogar sino también el de Israel a vivir dentro de unas fronteras seguras y reconocidas.

Por añadidura, España ha venido articulando con Israel un considerable intercambio de todo tipo —cultural, comercial, turístico—, habiéndose efectuado desde 1975, y de forma acelerada a partir de 1980, frecuentes viajes políticos entre los dos países.

C) En cuanto a Irán, es un estado con el que España ha mantenido muy buenas relaciones en las últimas décadas. Con la caída del shah y vistas algunas distorsiones del nuevo régimen —toma de rehenes americanos en 1980, adopción de una política de radicalismo integrista— surgieron ciertas reservas de parte española que nunca rompieron el diálogo y el intercambio entre los dos países, por lo que Madrid procuró extremar su neutralidad al estallar la guerra irano-irakí, neutralidad que se reafirmó a raíz de la supuesta utilización de armas químicas por parte de Irak y del hundimiento por este país del petrolero español en el Golfo Pérsico que causó siete muertos en julio de 1984.

Si no se hiciera entrar en juego ningún otro factor en el escenario de Oriente Medio, la toma de posiciones por España en la región, sería relativamente sencilla. Después de haber estado apostando durante treinta y cinco años en favor del mundo árabe no sería cuestión de variar la actitud en un momento en que los hechos son aún muy confusos. Y mucho menos hubiera sido aun hacerlo —como insinuaron los medios informativos mundiales— en 1982, recién pasada la diáspora palestina de Beirut y el holocausto de Sabra y Chatila. Hubiera sido como reconocer que la causa palestina estaba definitivamente perdida y que la misma mitología que había valido buenísimos dividendos al pueblo judío —la diáspora y el holocausto— caía en saco roto para el pueblo palestino.

En el conflicto arabo-israelí se trataría por lo tanto de seguir apoyando a los amigos frente a un país tercero. Y ello tanto más cuanto que los amigos están defendiendo una causa justa —aunque bien es cierto que no la *única* causa justa de la región—: la atribución al pueblo palestino de un hogar nacional, el retorno de Israel a las fronteras que le fueron asignadas por la ONU en 1948.

Pero el esquema se complica porque una tal actitud, ética y políticamente adecuada, se entrecruza con otros factores no menos significativos y de igual peso a la hora de la toma de decisiones: por un lado, la política de principios preconizada por España en el sentido de alcanzar la universalidad en las relaciones diplomáticas independientemente de los sistemas socio-económicos de los estados. Luego está también el derecho de todos los estados a vivir en paz dentro de fronteras estables repetidamente preconizado por España.

Desde un aspecto menos axiológico, de puro realismo político y de coherencia diplomática, se encuentra el hecho de que *todos* nuestros aliados —y no se olvide que son nuestros únicos aliados—, tienen relaciones diplomáticas con Israel y uno de ellos (los Estados Unidos, doblemente aliados de España a través de los Pactos de 1953 y de la OTAN) tiene unos vínculos con Tel Aviv que van más allá de los propios de una Alianza. En este sentido estaríamos aplicando incorrectamente el adagio sobre la amistad que nos debe vincular a los amigos de nuestros amigos.

En los restantes conflictos de la región la neutralidad debe mantenerse a toda costa ya que se trata de guerras o contenciosos que se superarán —y

para lograr que así sea España no debe regatear esfuerzos— y una desviación ahora en favor de un flanco u otro sería difícilmente perdonable al llegar la paz.

Neutralidad en la guerra entre los dos países islámicos —Irak e Irán— y también en la ruptura entre Egipto y el resto del mundo árabe, nacida, por añadidura, del esfuerzo de El Cairo por alcanzar la paz en la región.

Más complicado será en el futuro, una vez la guerra irano-irakí haya concluido y las presentes zozobras palestinas y libanesas se vean superadas, matizar las relaciones con las tendencias Este-Oeste en la región. Irak, Siria, Libia y Yemen Democrático se han situado en línea con Moscú. Los ejemplos de Egipto y Argelia señalan que en el mundo árabe hay algo que frenará cualquier intento definitivo de alianza regional con el Pacto de Varsovia, pero con todo, la bipolaridad de Oriente Medio puede producirse y España, como miembro de la Alianza Atlántica, tiene pocas alternativas de acción.

4. ESPAÑA-ARABIA-ISRAEL

Hasta aquí ha quedado abocetada el área geográfica de Oriente Medio, las fuerzas que en ellas se entrecruzan y las alianzas que han establecido. Se ha señalado también la significación de cada una de estas fuerzas respecto a España habiéndose podido comprobar que en Oriente Medio se dispara respecto a España uno de los conflictos más complejos del panorama mundial; porque si bien es cierto que enfrenta de forma directa a una serie de países amigos con un país tercero (Israel) con el que el nuestro no posee relaciones diplomáticas, las alianzas de este último le sitúan codo a codo con las propias alianzas de España.

De hecho el trabajo podría detenerse aquí y dejar que cada uno extrajera sus propias conclusiones. La más estricta prudencia política así lo aconsejaría. Pero el silogismo habría quedado incompleto. Si hasta aquí se ha señalado simplemente qué puede hacer España, ahora se trata de dar un paso más y decir qué debe hacer, cuáles son las ventajas y los riesgos de cada actitud y a la vista de ello aventurar lo que es previsible nuestro país haga en los próximos meses y años.

Veamos las distintas alternativas:

A) Continuación del statu quo actual. Imaginemos por un momento que pese a los rumores circulados en los últimos años España decide posponer la apertura de relaciones con Israel. ¿Qué ocurriría? Aparentemente nada. En el terreno de las realidades esta sería la salida menos dramática. Acaso por guiarse por esquemas globales, los aliados suelen comprender mejor que los amigos, las peculiaridades y las exigencias nacionales de cada estado. España es ya miembro de la OTAN sin que por el momento se hayan producido presiones imparable respecto a la actitud a seguir en el caso de Israel.

Tampoco es nada probable que Israel posea la fuerza que en ocasiones se la ha atribuido, en los pasillos de las Comunidades Europeas, con lo que podría darse el caso que en 1986 España pasara a ser miembro de la CEE sin que para entonces se hubieran intercambiado Embajadas en Tel Aviv y Madrid.

Si así fuera habría quedado desmontado otro de los grandes mitos españoles de la posguerra: el de que los judíos, los comunistas y los masones se habían confabulado en contra del país.

Pero ese «nada pasar» podría ser sólo aparente. No habría actos de terrorismo, España podría seguir votando en favor de la causa árabe, lo que haría cada vez con menor convicción por sentirse en falta respecto a Israel. Por otro lado, quedaría todavía el rasgo de una España europea pero siempre con peculiaridades tercermundistas. Y ello sin excluir la movilización que los 16 millones de judíos existentes en el mundo podrían operar con los medios sutiles que controlan mejor que nadie: la prensa, la cultura, el arte.

B) Apertura de relaciones diplomáticas con Israel. Supongamos ahora que el lento proceso hispano-israelí, comenzado en 1975 y acelerado desde 1982, se completa en 1985-86 y Madrid y Tel Aviv intercambian embajadores.

Si la operación se hiciese de forma torpe —repentinamente, sin contrapartidas, sin advertir a los países árabes, en un momento inoportuno— las consecuencias podrían ser serias. Ya se ha dicho que nuestros amigos árabes tienden a comprender peor que nuestros aliados occidentales la desviación de una política de apoyo a una causa que consideran justa y exclusiva.

En tal caso las consecuencias podrían ir desde la llamada a consultas de algún embajador árabe en Madrid, pasando por el congelamiento o el descenso vertiginoso del comercio con el mundo árabe, llegando hasta la concertación de posiciones contra España en el seno de la Liga Árabe o acaso en la conferencia islámica. No se trata de sugerir aquí ideas agoreras pero cualquier español puede figurarse sobre qué cuestiones puede la Liga Árabe ponerse de acuerdo respecto y en contra de España.

Al Estado español le corresponde evaluar si las indudables ventajas que obtendría de Israel —por ejemplo en el terreno puramente comercial— compensarían los inconvenientes causados en el mundo árabe y si habría fuentes alternativas para proveernos de determinados productos básicos que hoy nos suministran aquellos.

Si la coyuntura escogida por España fuera definitivamente inoportuna, el desencadenamiento de los sucesos podría llegar tan lejos que produciría una crisis regional. Supongamos por ejemplo que la apertura de relaciones con Israel se hubiera efectuado en el otoño de 1983, uno de los períodos en que la campaña de prensa fue más insistente al respecto. Es un momento en que están todavía frescas las frustraciones del pueblo palestino diseminado desde un año antes por todo el mundo árabe. Igualmente frescas están las atrocidades cometidas en Beirut. En esas condiciones, el que España decidiera premiar involuntariamente las victorias militares israelíes hubiera podido

caer muy mal en Arabia y en el sector más radical de la región. Las organizaciones árabes podrían haber tomado posiciones contra el gesto español. Muy pocos meses después y por pura fatalidad, surgen las crisis del pán en Marruecos y Túnez que quizá hubieran sido aprovechadas por Hassan II para hacer una nueva huida hacia delante en Ceuta y Melilla.

Igualmente inoportuno hubiera resultado el período de la primavera de 1984, en vísperas de la firma del acuerdo de unión libio-marroquí que, pese a su carácter previsiblemente efímero, varía de alguna forma el planteamiento de las alianzas en el Norte de África.

Se trata, en fin, de recordar algo bien sabido por los especialistas españoles: el área de mayor inseguridad para España se encuentra en el Sur. Y los esfuerzos de estabilización que se hagan en esa región, sometida a vaivenes y con tendencia a desequilibrarse, nunca serán suficientes.

De ahí que una apertura con Israel precipitada y mal preparada deba ser excluida —por definición— de la planificación diplomática española.

Veamos por el contrario, en qué medida puede prepararse la operación España-Israel:

— El gobierno español sabe que la oportunidad del momento es esencial. Desde 1975, al menos, se está esperando esa coyuntura, que ciertamente no es fácil de identificar. Se pensó que la firma de Camp David podría haber servido. A fin de cuentas un país árabe —el más significado— daba hacia Israel un paso aún más largo que el previsto por España. El boicot al que fue sometido Egipto dispó cualquier tentación en Madrid respecto a seguir el ejemplo de Sadat.

La solución del problema de Oriente Medio no es cuestión de meses sino que puede prolongarse aún durante al menos varios años y es posible que el momento óptimo no surja antes del final del proceso. Se tratará, por lo tanto, de escoger el momento menos malo. ¿Cuál podría ser? Por supuesto aquel en el que la apertura de relaciones no aparezca como una recompensa a Israel ni como un castigo para los árabes. Tendría que producirse cuando haya una tregua militar con visos de cierta permanencia y cuando la OLP haya conseguido ordenar las relaciones intrapalestinas al menos entre los movimientos Fatah y Alianza Democrática.

— La operación debe ser comunicada de antemano a todos los países árabes por medio de nuestros embajadores en la región y con viajes de Estado a los puntos neurálgicos del área.

— La presentación de las razones es importante aunque los países árabes nunca llegan a admitirlas bien. Se trata de subrayar que la apertura es un gesto soberano español que nace de la necesidad de poner en práctica sus principios y sus realidades. No se trata de que España vaya a dar un viraje en sus relaciones de la región. Al contrario, lo que busca es tener más voz con Israel y con sus aliados para poder defender las causas justas de Oriente Medio.

— El paso hacia Israel debe hacerse preceder de otro hacia el mundo árabe, como podría ser la elevación de nivel de la Oficina de la OLP en Madrid dándole pleno estatuto diplomático. Y podría verse seguido de algún esfuerzo mediador en la zona quizá a través de las Naciones Unidas.

Hay que tener presente que pese a todas estas medidas precautorias la reacción árabe puede producirse ya que ésta no resulta fácil de calibrar. Por ejemplo, hoy por hoy la Liga Árabe no parece vaya a tomar ninguna determinación colectiva contra España. Pero metidos en plena inercia, los acontecimientos pueden sucederse de forma imprevista. La lógica del mundo árabe tiene componentes ajenos al cartesianismo al uso occidental.

A nivel nacional español, las relaciones con Israel no han constituido uno de los grandes diferenciadores de la política de partidos. Tanto la derecha como la izquierda han estado de acuerdo en la necesidad de normalizar la situación. Curiosamente los partidos son mucho más combativos en favor de Israel desde la oposición que desde el poder, lo que prueba una vez más que el ejercicio del gobierno modera mucho más que los dictados ideológicos. Sin embargo, la victoria en las elecciones anticipadas de julio de 1984 del laborista Simón Peres, no dejará de influir en los próximos meses en la decisión del gobierno socialista español.

No es una materia de urgente solución. Tampoco puede dejarse arrastrar para alimentar —como lo hizo la apertura española al Este— falsas ensoñaciones y mitos. Israel no va a resolver grandes problemas a España pero es un país independiente y democrático y hay que darle la oportunidad de convivir pacíficamente en la región. De igual manera que lo hicieron Portugal, Italia y Francia —países todos ellos grandes amigos del mundo árabe—, España puede entablar relaciones con Tel Aviv acaso para lograr que nuestra amistad con el pueblo árabe encuentre cimientos más realistas y nuestra actuación en la región deje de ser una débil voz de coro cuya nota, por conocida, no interesa al auditorio.

